

REACCIONES



LA TV QUE NOS MERECEMOS

Siempre hemos creído que Televisión Española era un espejo deformante a lo largo de un camino, pero algo irrefutable nos inclina a creer, desde ahora, que es, simplemente, un espejo a lo largo de un camino, un espejo que refleja con absoluta fidelidad nuestra imagen, la de todos los españoles.

Juguemos al bonito juego del arrastre de los triunfos televisivos, con certezas, aun nuevas, de 1969: "La audiencia de televisión en España".

A: el 67 por 100 de los españoles mayores de 8 años ven alguna vez la televisión y el 59 por 100, todos los días.

Tres: el 66 por 100 considera la programación de televisión "muy buena" y "buena", mientras que sólo el 2,3 por 100 la juzga "malas" y "muy mala".

Ray: el 58 por 100 introduciría cambios en la publicidad televisiva, el 41 por 100, ninguno y, además, el primer porcentaje se muestra partidario solamente de reducir el número y la repetición de los anuncios, aparte de evitar que corten los programas.

Otros triunfos menores: en España hay cuatro millones de televisores, es decir, 122 por 1.000 habitantes. Los niveles académicos más ven la televisión el 27 por 100 más que los bajos "Ferrol-Diario".

PINIÉS, ¿HOMBRE CLAVE?

Los avatares políticos de nuestra España son, por lo general, imprevisibles. Al menos, imprevisibles han sido casi todas las decisiones trascendentales, sin que cuenten entre ellas las excepciones lógicas que como diría aquél, so ven venir...

Confesemos que, a muchos niveles, constituye una auténtica sorpresa el nombramiento de nuevo embajador en Londres.

Digamos también que muy poquitos esperaban que Jaime de Pinies —nuestro hombre en la ONU— pasara a ser, según acuerdo del Consejo de Ministros, nuestro hombre en Inglaterra.

Coincidamos por fin, en que, tras la muy debatida estancia del ministro de Asuntos Exteriores británico Douglas-Home en Madrid, era de esperar "algo" oficial por parte del Gobierno español. Creo, entonces, que —pasada la sorpresa— ese "algo" responde a una jugada de ajedrez casi, casi, de maestro ruso, me atrevería a decir...

Efectivamente, Jaime de Pinies —no creo equivocarme— es nuestro político actual con más carga de conocimiento sobre el tema Gibraltar. Por eso —entre otras cosas— estaba en la ONU.

Sabiendo, como sabemos, que Gibraltar no es ya asunto de las Naciones Unidas —que emitieron su juicio y, a continuación, se lavaron las manos— comprendemos perfectamente que Pinies pase a Londres. Nada tiene ya que hacer en Nueva York, máxime tras la visita a España de Douglas-Home que, al menos, ha reavivado las diversas llamas de nuestra eterna reivindicación sobre la Roca.

Pinies es, pues, nuestra esperanza más inmediata para la maduración de Gibraltar.

Así ha debido ser entendido por parte del Consejo de Ministros y así lo entenderán, a buen seguro, quienes meditan sobre la situación gibraltareña.

Podría ocurrir, incluso que, bajo su apariencia de ejecutivo español, su bigote y sus gruesas gafas, Jaime de Pinies escondiera la figura fina de un político de altura.

(Rafael de Loma, en "Aragón Express")

LIBROS PARA TODOS

El libro en nuestro país arrastra, la carga de su consideración popular como "artículo de lujo". Y en ocasiones lo es. Lo ha sido casi abrumadoramente hasta la oportuna presencia en las librerías de las colecciones de bolsillo. En cualquier caso la compra de libros es en España un "gesto de élite". Por una parte, proliferan las ediciones de lujo, con más continente que contenido y destinadas a un público de fuerte poder adquisitivo y, por otra, seguimos observando cómo Cataluña —por ejemplo— consume más libros que la totalidad de las restantes regiones del país.

"Informaciones"

Es posible que sea culpa de la prisa o del pluriempleo, pero lo cierto es que me parece que hoy en día reaccionamos «más» que antes. No me atrevo a decir que peor, pero sí que en mayor cantidad, en mayor proporción, en mayor número de ocasiones.

Tampoco se trata de que «cualquier tiempo pasado, etc.», ni de que ahora podamos ser mejores o peores que antes. Lo que sí puede suceder es que, de una manera insensible, dividamos nuestra existencia en dos parcelas muy diferentes. Sin llegar a escindirnos en el doctor Jekyll y en mister Hyde, revestimos en algunas circunstancias dos personalidades diversas, dos formas distintas de manifestarnos.

A veces somos de una manera en familia, en casa, y de otra en el exterior, fuera de ella. La variación en algunas personas se manifiesta entre su trabajo y todo lo demás. Y el ejemplo puede agudizarse, por citar un caso extremo, en las

vacaciones, cuando muchos son diametralmente diferentes en su carácter al resto del año.

Por supuesto, es preciso tener en cuenta la feliz evolución de la mujer y de la juventud. Antes, el cabeza de familia sentenciaba y dictaminaba en la mayoría de los casos, sin acatar otros criterios en su vida a este nivel. Hoy, la mujer trabaja, se acostumbra a sostener sus opiniones, a defender sus ideas. Y el muchacho se incorpora también a edad muy temprana en el quehacer cotidiano de comunidades deportivas, sociales, docentes, en las que se le consulta y se le tiene en cuenta.

Pero esto es sólo una parcela limitada, aunque, por ser la que tenemos más próxima, resulta muy nítida en sus cambios. En general, reaccionamos «más». ¿Bien o mal? ¿Positiva o negativamente? No entramos aquí en ello, porque hacerlo exigiría un espacio del que no disponemos. Lo que sí parece evidente es que hemos acele-

rado de modo notorio nuestra tensión nerviosa, nuestro ritmo vital. Cuando estudiaba Derecho pasé unos años en Aguilas, en la costa murciana, y guardo siempre entre mis recuerdos imborrables las tertulias diarias en el Casino, adobadas con la lectura de algún periódico y la inevitable partida de dominó. Un grupo de personas que trabajaban con intensidad, encontraban el hueco grato de una horita para hablar de todo y de nada, para cambiar por completo el hilo monotemático que ocupaba el resto de su jornada.

Quizás hoy, inmersos en la sociedad de consumo, hemos renunciado a esto, como a tantas otras cosas, y vivimos atónitos por el afán de hacer muchas cosas, demasiadas cosas. Y reaccionamos «más», claro. Con reacciones que, por lo menos a veces, van más lejos de lo que debieran.

GAYTAN

PIRESA

Delirios nacionales

Dime de qué deliras y te diré de qué nación eres. Parece ser el envés de la tesis de la ponencia del doctor Harold López Méndez al Congreso Mundial de Psiquiatría, celebrado el pasado diciembre en México.

El entorno sociocultural del individuo proporciona los temas de las enfermedades mentales. Los delirios, las depresiones las angustias, los síntomas esquizoide, se manifiestan hoy de forma distinta a la de los pacientes del siglo pasado, no sólo en cuanto a la forma de expresarse el enfermo, sino en cuanto al asunto "desencadenante".

Si partimos de la base de que "hoy se considera la enfermedad psíquica como una enfermedad social", formularemos seguidamente ideas inéditas (que no quiere decir "no pensadas", sino no expresadas o no "topificadas" aún). Estas ideas pudieran ser: el alma es social, el alma de la sociedad está más enferma que nunca, el alma de la sociedad padece una neurosis típica de los años setenta.

Nacemos solos y morimos solos, pero nos enfermamos con los demás, de los demás, por los demás. Nos angustiamos por lo que nos dan o nos quitan los otros; por lo que tene-

mos que darles o retirarles nosotros; y nos enfermamos —siempre me refiero a la mente— con las palabras de ellos, con sus sueños, con sus proyectos, con sus temores, con sus prisas, nos enfermamos dentro de ese tejido de "azar y conducta" que es el grupo social en que vivimos.

Cuando digo que el alma social está más enferma que nunca, debería añadir, de la sociedad occidental, ya que confirmando la tesis del doctor López Méndez de que las depresiones se dejan modificar por la situación histórico-social del individuo, investigaciones recientes indican que las enfermedades depresivas son escasas en Java, en Indonesia y en las Indias Orientales, en tanto que en las sociedades desarrolladas o en vías de desarrollo abundan hoy y sus manifestaciones patológicas se van pareciendo más y más a las de las sociedades superdesarrolladas.

Los matices dominantes en los enfermos paranoicos de la Unión Soviética demuestran una exacerbación de los valores científicos: exacerbación que responde, sin duda, a la concepción materialista de la vida en que los valores de la ciencia y de la técnica sobre-

salen ("soy científico" o, "soy cosmonauta", son afirmaciones corrientes allí en los enfermos delirantes). El "American way of life" ha dado como connotación en las depresiones mentales los delirios de riqueza ("soy rico", "tengo muchos dólares en el banco", son la réplica americana a la supervaloración científica soviética).

Atendiendo a las tres angustias fundamentales de la depresión de hoy, según K. Schneider, la angustia ante el ser, como sentimiento de culpabilidad, la angustia ante la caducidad corporal, sentida como hipocondría, y la angustia ante el mundo, como pobreza, ha podido observarse en el cuadro clínico de las depresiones actuales que el sentimiento de culpabilidad ha decrecido, el de la ruina y la pobreza también, en tanto que se mantienen y aumentan las hipocondrias.

El delirio o sentimiento de culpabilidad, característico de los enfermos en sociedades cristianas, ha disminuido y ello se lo explican los psiquiatras por "la secularización de la vida". Para mí que esta disminución es paralela a la desmitificación del infierno y al desuso en que ha caído "el fuego eterno" en escritos y familias.

Los estados hipocondríacos son abundantes y hasta han aumentado en las sociedades desarrolladas. Este aumento puede deberse —señala Harold López— a la supervaloración que el hombre contemporáneo hace de su cuerpo. ¿De dónde viene al hombre de hoy esta inflación de la estima de su propio cuerpo? Yo creo que la cultura de masas ha desarrollado —obligada por la propaganda de la sociedad de consumo que es la que costea los medios de comunicación— una cultura hedonista: "tu cuerpo necesita consumir cientos de productos al día para ser bello para estar sano, para ser feliz", se le dice al hombre de hoy; se le persuade de que su cuerpo es lo más importante —y para el vendedor lo es—, y de que de su capacidad de consumo depende su felicidad. El hombre sobrevalorador su cuerpo y... se enferma del alma.

El doctor López Méndez ha presentado en el Congreso de México un estudio comparativo de los síntomas de 300 enfermos depresivos españoles en el año 1944-1945 con los cuadros que presentan un número parecido de enfermos en la actualidad, 1970-1971. Se han atenuado los sentimientos de culpabilidad y el temor a la ruina

material, han aumentado las manifestaciones hipocondríacas (con cambio de temas igualmente: antes, atemorizaba la tuberculosis, hoy se temen y se "inventan" infartos), y se presentan nuevos síntomas depresivos, por mudanzas, por traslados de domicilio en la misma ciudad, por situaciones de éxito (¡) por cambios ecológicos entre los que destacan, muy dramáticamente las depresiones de los emigrantes.

La situación económica de España ha mejorado en los cinco lustros en que se centra el trabajo del doctor López, el desarrollo material es evidente y los enfermos mentales españoles reflejan síntomas de las evoluciones de su entorno.

Al leer el resumen del doctor López Méndez me duele sobre todo la "depresión de los emigrantes" que parece ser uno de los temas angustiosos de nuestros coterráneos hoy. Y me duele con dolor histórico, porque la manía y el padecimiento son viejos ya en la antropología española: aunque hoy se exprese con otras palabras la "morriña" era algo que se le ponía en la cabeza a la mayoría de los españoles que tenían que ganarse un mejor vivir fuera de España.

(Pyrensa)
MARTA PORTAL



ACCIDENTES

He tratado ya en otras glosas del muy grave problema de la frecuencia con que se producen los accidentes de trabajo, que causan serios quebrantos y perturbaciones en la economía española. También merece insistirse en la importancia que reviste la muy repetida infracción de las normas y preceptos que se han ido dictando con la intención de suprimir o al menos reducir los dramáticos episodios que igualmente se producen en la circulación, lo mismo en las carreteras que en los medios urbanos. Las motivaciones son distintas, pero es de señalar la coincidencia que se presenta en unos y otros sucesos, en el sentido de que la negligencia o la ligereza constituyen aportación inquitante a las estadísticas que intensifican la pérdida de vidas humanas.

Para hacer frente con eficacia a dichas contingencias, se implantan sistemas precautorios y se han puesto en vigor una serie de medidas preventivas en una labor que se lleva a cabo con insistencia realmente meritoria por la Jefatura Central de Tráfico y por otros elementos, según se trate de percances laborales o de otro tipo de dramáticos episodios. De todas maneras, lo que no ofrece duda es la desproporcionada cifra de accidentes, lo mismo en la circulación que en el trabajo. Durante el año 1971, las personas muertas a causa de accidentes de una u otra clase fueron 4.247 y hubo 87.434 heridos. Como dato complementario para medir la importancia de estos sucesos, es de interés señalar que en diciembre del año último el número de vehículos matriculados ascendió a 4.831.365. Es de justicia repetir los resultados satisfactorios de la actuación reguladora de la Jefatura Central de Tráfico y los elementos que con ella colaboran, pero en servicio de fidelidad a la realidad de los hechos también parece oportuna la insistencia en lo muy numerosas que son las personas de ambos sexos que con imperdonable despreocupación y sin pararse a pensar en el daño que pueden hacer a los demás y a sí mismos. Incurren en actos que justifican el dicho popular tantas veces divulgado de que «en el pecado llevan la penitencia».

Si para impedir o limitar los graves y frecuentes sucesos del tipo indicado se han dictado medidas y se recuerdan constantemente normas que pueden contribuir eficazmente a que cambie la situación, es también de mucho interés crear una conciencia ciudadana y en definitiva de civildad para que sea general y completa la cooperación que se pide a los españoles hasta que se pueda llegar a la total implantación de la normalidad absurda-

mente alterada. Es indiscutible que hace falta un cambio real en la actitud y las costumbres que no sea exagerado calificar de licenciosas y abusivas. Se ha podido comprobar que la sanción de retirada del carnet de conducir a los infractores del Código de Circulación y de las normas que lo completan, representa un acto de justicia y un camino verdaderamente acertado para lograr la deseable rectificación de las conductas.

Sin duda alguna, un camino eficaz para la deseable rectificación del proceder de muchos conductores, sería la creación de un ambiente y una generalizada disposición para cumplir los deberes que a todos incumben y cuyo olvido genera un gran número de percances que unos y otros tratamos de evitar, a fin de colaborar en el plausible propósito de suprimir la dramática anomalía. No se puede negar que el incremento progresivo del parque nacional de automóviles es un signo claro y evidente de la elevación del nivel de vida, pero ello debe llevar consigo una resuelta disposición para rectificar negligencias, olvidos y en suma una excesiva facilidad para la transgresión de lo dispuesto legalmente. Aumentó considerablemente la matriculación de automóviles. Por desgracia, el incremento de los sucesos de tráfico no corresponde a la infracción de las matriculaciones. La falta de paralelismo entre unos y otros hechos constituye uno de los factores que influyen de manera innegable en que vaya aumentando alarmantemente esta faceta de la siniestralidad. La que se viene produciendo en el área del trabajo es lógicamente para preocupar, pero por muchas razones, de orden humano y social, hay que situar por delante la atención que se debe dispensar a los percances laborales.

El hecho evidente es que todos hemos de lamentar, prestando con entusiasmo la cooperación que nos sea posible, esa profusión de accidentes, hasta modificar decididamente una situación por completo fuera de la normalidad. Es positivamente satisfactorio el hecho de que haya un elevado número de españoles que estuvieran en condiciones de adquirir el vehículo en que pusieron su ilusión. Ello patentiza la mejor situación económica, pero este movimiento evolutivo ha de simultanearse con la iniciación de otro cambio decisivo en cuanto a la reiteración impresionante de los dramáticos episodios, lo mismo los de trabajo que los de circulación.

(Pyrensa)

FRANCISCO CASARER